

por ricardo doménech

UNAMUNO

El próximo día 29 se cumplen cien años del nacimiento de don Miguel de Unamuno. Algunas revistas le han ofrecido ya su homenaje y otras están a punto de hacerlo. Más allá de cuanto hay de mecánico y ritual en este tipo de conmemoraciones, lo cierto es que la figura de Unamuno resulta especialmente sugestiva en las actuales circunstancias, como ya señalaba Montleón la pasada semana, y que esta ocasión sería propicia para que se llevara a cabo una hora y sería revisión de la obra y el pensamiento unamuniano; en cierto modo, una puesta al día de esa obra y ese pensamiento, sometidos a crítica allí donde fuera necesario y reactualizándose donde también lo fuese. Sin duda, Unamuno forma parte ya de los valores indiscutibles y acatados. "De los cuatro Miguel que animan y resumen las esencias de España (Miguel Servet, Miguel de Cervantes, Miguel de Molinos y Miguel de Unamuno) es Unamuno el último en el tiempo, de ningún modo el menor de los cuatro gigantes", escribió don Antonio Machado poco después de conocer la muerte del rector de Salamanca, en 1936. Y el tiempo, que reiteradamente ha venido dando la razón a tantas valoraciones y predicciones machadianas, ha demostrado que esto era así, que es así. En la historia de la literatura española, en la historia del pensamiento español, Unamuno constituye una piedra de toque fundamental. Es un clásico, en el mejor sentido de la palabra. Y lo es incluso para quienes interiormente desearían que no lo fuera.

He aquí, sin embargo, que hoy algo en Unamuno —como en toda la generación del 98— que se resiste a entrar en esa constelación de los nombres sagrados, archivados y definitivamente muertos. Hay en él algo vivo y rebelde, algo que nos hace sentirle muy cerca de nosotros, quizá porque las circunstancias en que se desarrolló su obra no son tan distintas de las nuestras, o quizá porque acertó a prolongarse más allá de su momento histórico, o es posible que por ambas cosas a la vez. De cualquier modo, lo cierto es que cuando se relea a Unamuno se tiene a veces la impresión de estar leyendo a un hombre de hoy. Esta, al menos, es una impresión que yo he sacado releando estos días unas páginas unamunianas. Son páginas henchidas de un profundo espíritu crítico y de una total sinceridad; de una sinceridad sin reservas. Son, pues, páginas admirables.

Creo que estas dos cualidades —espíritu crítico y sinceridad— constituyen la virtud más estimable en la obra de todo escritor, y estoy por decir que no solamente se trata de una virtud, sino incluso de una condición sin la cual difícilmente una obra literaria podría alcanzar sus más altas metas. En Unamuno, espíritu crítico y sinceridad son, además, una característica. Una característica de su vida y una característica de su obra, pues sabido es que en pocos casos se puede encontrar una fusión tan íntima y radical entre vida y obra, y además con plena conciencia de ello. Con el mismo espíritu crítico y la misma sinceridad con que Unamuno, desde su "Vida de Don Quijote y Sancho", arremete contra los "bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques" —cito textualmente— para rescatar el sepulcro de Don Quijote, vive un largo exilio durante la Dictadura de Primo de Rivera; o con la misma sinceridad y el mismo espíritu crítico con que escribe de la antinomia fe-razón, vive angustiosamente esa antinomia en cada momento de su vida. Es siempre la autenticidad quien preside sus escritos y su conducta.

Ante una vida y una obra que se sustentan en una moral tan rigurosa, tan sólida, tan de verdad, lo primero que se siente y se debe sentir es un enorme respeto. Por ello resulta sencillamente atombroso que, a propósito de una representación universitaria de "El Otro" —que es, además, una de sus mejores piezas dramáticas—, se haya podido escribir en "El Noticiero", diario de Zaragoza, con fecha 29 de marzo de 1960, lo siguiente: "Hay que hacer constar que no han tenido acierto los organizadores confeccionando el programa, máxime teniendo España un teatro, de todas las épocas, magnífico y sin morbosidades. Se representó la obra de Unamuno El Otro que, aparte de no ser teatral y carecer de sentido varista, es de una crudeza y una inmoralidad repugnantes; Unamuno no ha sido autor teatral... Y sus obras fueron siempre más que literarias, para desahogar su bilis; gozándose en la suciedad de las escenas del diálogo (textual). La sala estaba casi vacía y era penoso ver muchas señoritas escuchando procaçidades sin cuento que ruborizarían a cualquiera."

Cierto que este desdichado comentario, publicado sin firma —lo cual es otra lástima—, tiene principalmente un valor anecdótico. Entiendo, sin embargo, que es también una pequeña muestra de cómo el espíritu crítico y la sinceridad y la autenticidad de Unamuno encuentran todavía hoy no pocas resistencias desempladas. Bastarían estas resistencias, por supuesto, para acreditar cuanto hay de vivo y vigente en su obra. Pero es claro que si ésta se nos aparece viva y vigente en muchos aspectos no es sólo porque aún estorbe a la mentalidad más inmovilista. Unamuno me parece un hombre de hoy, porque entiendo que el espíritu crítico, la sinceridad, la autenticidad —que a él le caracterizan— son —quizá hoy más que lo hayan podido ser nunca— supuesto inexcusable para todo hombre que escriba en este aquí y este ahora.

vamos
a presumir
con
CORBATAS
TERGAL®



DISTINGA
LA ETIQUETA

TERGAL
MARCA REGISTRADA

NUMERADA!